

Ingmar Bergman

*Las palabras nunca  
están ahí cuando las necesitas*

TRADUCCIÓN DE

MARINA TORRES Y FRANCISCO URIZ

ILUSTRACIONES DE MANUEL MARSOL

FULGENCIO PIMENTEL

*La principal*

Todas las personas tienen sueños, deseos y necesidades

El 14 de junio, su país me concedió los permisos de estancia y de trabajo. A finales de septiembre empiezo a rodar en Bavaria Atelier mi primera película fuera de Suecia. A mediados de febrero empiezo los ensayos de la *Comedia onírica* de Strindberg en el Residenztheater de Múnich. Y hoy recibo el premio Goethe en la ciudad de Fráncfort. Es este un honor que me conmueve profundamente.

Aquí estoy, pues, como un debutante de 58 años, en un ambiente cultural que, directa e indirectamente, ha tenido la mayor importancia en mi desarrollo como persona y como artista.

Vengo de un país al que amo y que —eso pensaba yo— nunca abandonaría; en todo caso, no voluntariamente. Mi exilio es, en apariencia, voluntario, pero visto desde dentro es solo la consecuencia de una imperiosa coerción, que consiste en que no puedo trabajar —ni, por lo tanto, vivir— en el país cuya burocracia ha vulnerado mi honor pública e injustamente.

A pesar de ello, no tengo ningún motivo para quejarme. Mi infierno es cómodo; mis cicatrices, solo anímicas, y no pueden de ninguna manera compararse con el maltrato que tiene lugar en nombre de la democracia en otros lugares del mundo. En fin, con esta pequeña recapitulación he querido explicar por qué me he acogido con tanto agradecimiento a la hospitalidad de su país. Espero poder devolver esa generosidad trabajando y escandalizando.

Claro que, como a todos los debutantes, me preocupa mi debut. Hace muy poco soñé con eso:

Soñé que entraba en el Parnaso para declamar mis pesares al cumpleaños del día. Me encontré con el poeta a la hora del café de la tarde en un jardín sorprendentemente pequeñoburgués, bañado por un suave sol primaveral. Estaba rodeado de ocho damas de diferentes edades y variada belleza. El poeta me recibió amablemente y me felicitó cordialmente por el premio, del que había oído hablar y que consideraba oportuno y justo. Me pidieron que me sentase junto a una mesa muy bien puesta y el poeta me preguntó con amabilidad, aunque algo altivo, qué deseaba. Cuando yo, tartamudeando, le presenté mi asunto, sonrió sarcásticamente y dijo:

—Mis queridos compatriotas son muy concretos y muy filosóficos. Con mi conocimiento de los buenos habitantes de Fráncfort y teniendo en cuenta lo temprano de la hora de su comparecencia, le aconsejo que, sobre todo, sea concreto. Cuente a sus nuevos amigos lo que

trae en su equipaje. Seguro que quieren saber qué clase de persona es esta que viene a extender su alfombra y mostrar sus artes en los mercados y parques de diversión de la patria.

Le di las gracias por su buen consejo y me despedí. El poeta me acompañó hasta la blanca verja del jardín. Se quedó quieto unos instantes y luego dijo:

—Precisamente esta mañana he tenido una conversación extraordinariamente fructífera con un viejo colega encantador, oriundo de México, que tendrá ya unos novecientos cincuenta años. Acababa de escribir un poema singularmente hermoso que empezaba así: «El verdadero artista conversa con su corazón».

Desperté de mi sueño y anoté inmediatamente ambos consejos: «hay que ser concreto» y «el verdadero artista conversa con su corazón».

Puesto que para mí resulta más fácil ser concreto que conversar con mi corazón, haré un inventario muy sumario del equipaje que traigo conmigo. Abro, pues, mi maleta y miro lo que hay. Reina en ella un lamentable desorden, en parte debido al contenido, en parte a causa de mi apresurada partida.

En la capa superior hay, como de costumbre, una gran cantidad de palabras. Algunas se muestran aisladas; otras, en cambio, se ven unidas entre sí y componen frases terminadas y aceptables. Sin embargo, no conviene alardear de las palabras. Yo desconfío de las palabras. Siempre he desconfiado. Las palabras nunca están ahí cuando las

necesitas, las palabras se ocultan en los rincones, vuelan cerca del techo como moscas irritantes. Lo mismo pasa, por desgracia, con los pensamientos. Quizá es solo que no tengo pensamientos propios. Yo pienso siempre mientras hablo y mis pensamientos no son especialmente originales, ni siquiera están bien formulados, no logro nunca sonar con sentido, debato malísimamente, me confundo y me aturde la enojosa constatación de que me contradigo. No, las palabras y los pensamientos de uno no son como para presumir. A cambio, vivo en un torrente de sentimientos, estados de ánimo, sueños e imágenes. Tengo la maleta a rebosar de todo eso.

Aquí y allá cuajan en figuras y situaciones, oigo voces que susurran, palabras que se dicen, rostros que se vuelven hacia mí en el ocaso, grandes sucesos y pequeños detalles empiezan a hacerse notar y quieren ser relatados. La huella de luz de la intuición busca su camino a través de misteriosos países desconocidos, vigila, busca, cuenta, selecciona, analiza, advierte, estimula, descubre, escucha. La intuición se mueve libremente, con rapidez y sin cesar. Pero no se deja mostrar ni describir.

Ahora noto un objeto más sólido en mi equipaje: el «gran bienestar», podríamos llamarlo. Junto con mis colegas actores, me inclino ante un texto, obra de Strindberg o Ibsen o —por qué no— Goethe o cualquier otro maestro. Indagamos hacia dentro, escuchamos el corazón del autor, la respiración en la construcción de sus frases, tratamos de entender por qué se ha expresado

así precisamente. De repente todo está claro, el drama se abre, no necesitamos de ninguna violencia para adentrarnos en el mundo del autor. Nos mostramos nuestros hallazgos unos a otros, hablamos, tartamudeando y llenos de pasión. Entendemos: sentimientos, estados de ánimo, sueños, recuerdos y expectativas, ahí ven ustedes lo que traigo en mi equipaje. No soy analítico, soy intuitivo, con frecuencia reacciono ante una misma visión primero con gusto y luego de nuevo con disgusto. Si a alguien se le ocurriera, por ejemplo, preguntarme qué me parece la censura, sentiría de inmediato desasosiego, porque pienso en dos cosas al mismo tiempo. Primero me alegro de que el arte tenga la posibilidad de asustar a un burócrata hasta tal punto que se vea obligado a impartir una prohibición, de que una opinión sea tan peligrosa, de que una imagen sea tan escandalosa, de que una exhortación a la anarquía tenga la capacidad de inspirar la anarquía. Me alegro de que el arte siga teniendo la facultad de asustar a algún que otro burócrata. Al mismo tiempo me siento abatido, porque sé que una sociedad que practica la censura contra sus artistas —sea por torpeza, por inseguridad o con buena intención— es una sociedad que se petrifica. La pequeña supresión, la frase tachada, la imagen cortada, el artículo redactado de nuevo, se vuelven pequeñas heridas en el cuerpo social, pueden infectarse con facilidad y ser el origen de otras enfermedades más peligrosas.

Vuelvo a inclinarme sobre mi equipaje. Hay un objeto grande y extraño. Es un temor, y sobre este temor quiero

hablar un momento. En todos los países industrializados, en todas las grandes empresas y organizaciones vemos cómo los sentimientos del individuo se corrompen, se amputan y se humillan como si fueran peligrosos para el orden público. La tecnocracia reduce a las personas a un concepto manipulable por máquinas informáticas. Es posible que nuestra tecnocracia sea necesaria en un mundo menesteroso. Es posible asimismo que nuestra cada vez más complicada burocracia sea necesaria para administrar una sociedad que, también, cada vez es más complicada. Es probable que el desarrollo del progreso requiera de un colectivismo de mayor alcance. El problema no es que esas fuerzas existan, sino nuestra deficiente conciencia del peligro que encierran.

El hombre de hoy es más que nunca un hombre político. Muchos de mis colegas se ponen al servicio de la lucha social. Para ellos se trata de una necesidad, de un imperativo moral. Lejos de mí infravalorar la dimensión política del arte. Eso no significa, sin embargo, que el arte no político esté necesariamente al servicio del orden establecido. Hay, pese a todo, relaciones humanas y manifestaciones de vida que existen con independencia de la estructura social de nuestra comunidad. Me refiero al amor en todas sus formas, a la angustia de vivir y a la angustia de morir, a la fe y a la duda, al dolor de la soledad y al placer de los sentidos, al odio irracional y a la maldad inconcebible, a las ganas de jugar y a un instante de ternura, al enigma del sufrimiento, a los sueños y a

las expectativas: a un mundo de sentimientos y pasiones misteriosas que flotan y fluctúan y cambian.

Tal vez sea una banalidad sostener que uno de los fines más importantes del arte es expresar esos sentimientos, siempre reprimidos y silenciados: es decir, no ocuparse solo de lo transitorio, sino también de los temas eternos.

Mi temor trata, pues, del empobrecimiento de los sentimientos, del silencio de la gente, de sus sufrimientos secretos, ocultos. Creo, o, al menos, quiero creer, que ese es el objetivo más importante del cine. Quiero que el cine sea un espejo en el que las personas se descubran a sí mismas y entre sí. Quiero que esclarezca los sentimientos más recónditos, precisamente los sentimientos que las fuerzas más poderosas de nuestras sociedades niegan de manera tan irreflexiva.

Por último, la sociedad no es una abstracción colectiva, se compone de personas. Y cada persona tiene sueños, deseos y necesidades. Cada persona tiene un corazón. Es más necesario que nunca que el artista converse con su corazón para entender el idioma secreto, tan difícil de descifrar, que hablan los otros afligidos, nostálgicos y palpitantes corazones. Ese es el derecho del artista, pero también su deber.

*1976*